

Un cuadro de blanca estofilla dibujaba ligeramente los contornos de su pecho.

—¿Se viste usted, señorita?

—Sí, Gertrudis.

La comitativa dio la tope á su señora, volviéndose á ver atrás.

La jóven abandonó el lecho, cubierta con una sola trampa, y se dirigió á la puerta para abrir la llave.

ROSARIO.

En este estado de desahogo se dirigió á la sala. Allí se dejó caer en un sillón y pidió el desayuno.

Más tarde, después de haberse vestido, se dirigió á la calle de *Nuevo-México*, habitaba en una casa lujosamente puesta, una jóven llamada Rosario.

Serian poco mas ó menos las diez de la mañana del día 20 de Mayo del año en que pasaban los acontecimientos que vamos refiriendo, cuando una criada entraba en la recámara de la jóven Rosario que se hallaba á oscuras y á donde se respiraba un aire sofocante.

—¿Llamaba usted, señorita?

—Sí, Gertrudis; abre la puerta y tambien la vidriera de la ventana á fin de que entren la luz y el aire. Procura que la puerta quede de manera que el aire no me moleste.

La criada hizo puntualmente lo que se le habia ordenado.

La luz entró en la pieza, alumbrando de lleno el rostro de Rosario, que se hallaba en el lecho.

La jóven se incorporó en la cama, reclinándose en los almohadones que recargó en la cabecera.

Era una muger de veinticinco años: blanca, de pelo y ojos negros.

No era una belleza, pero sí una muger de un poderoso atractivo.

Un *caracol* de blanca estopilla dibujaba ligeramente los contornos de su pecho.

—¿Se viste usted, señorita?

—Sí, Gertrudis.

La camarera dió la ropa á su señora, ayudándola á vestirse.

La jóven abandonó el lecho, cubierta con una *bata* trasparente, ligera: sus diminutos piés los calzó con unas chinelas de raso verde.

En este estado de *deshabillée* se dirigió á la sala. Allí se dejó caer en un sillón y pidió el desayuno.

Media hora despues, Gertrudis acercaba al sillón una pequeña mesa conteniendo un servicio de café. Rosario se sirvió café y leche, y comenzó á desmenuzar el pan con sus blancas y bonitas manos, con aire distraído.

A pocos momentos se presentó Gertrudis, avisando á Rosario que el carruaje del señor Urrutia acababa de parar á la puerta de la casa.

—Qué fastidio! exclamó esta; tan temprano.....

Gerardo entró en la sala elegantemente vestido.

—¡Caramba, hija, por vida mia que te desayunas temprano!

—Me desvelé, contestó Rosario.

—¿Y á dónde? preguntó Gerardo sentándose al lado de Rosario y tomándole una mano entre las suyas.

—Aquí.

—Que lacónica estás ahora.

—Sí.

Rosario bostezó.

—¿Tienes sueño?

—No.

—¿Pues qué tienes?

—Fastidio.

—Gracias, hija.

—Para servirte.

—Viva la sinceridad, dijo Gerardo riendo.

Rosario se encogió de hombros y comenzó á tomar su café á pequeños sorbos.

—¿Estás molesta conmigo?

—No.

—¿Pues qué tienes?

—Ya te lo dije, fastidio.

—¿De mí?

—Algo de tí, mucho de mi vida, que es desagradable, y...

—¿Con que de mí, eh?

—Hijo, despues de un año que te pertenezco, bien comprenderás que es tiempo de que el cansancio se vaya apoderando de mí.

—¿Sabes que eres original?

—No hay tal originalidad: soy como todas las mugeres, y como todo sér viviente, me fastidio al cabo de cierto tiempo: lo único que tengo es la franqueza de confesar lo que todas procuran callarse: mi natural cansancio.

—¿Te he dado motivo para que te fastidies de mí? dijo Gerardo.

—No, hijo, y puedes creer que eres uno de los amantes que mas tiempo he tenido. Dime tú, ¿soy yo la única mujer á quien has querido?

—No.

—¿Podré creer que fije yo tu corazón?

—Quién sabe.....

—No mientas: es preferible decir una barbaridad, un sacrilegio, que mentir. Yo, mira, voy á ser franca contigo: los

GERARDO.

33565

amantes que he tenido, los mas han sido por cuestion de vanidad; otros por venganza y dos por simpatía.

—Explícate.

—Voy á hacerlo, contestó Rosario, retirando la mesa, á donde quedó la taza casi llena de café.—Hace cuatro años que Enrique A** era un jóven de moda: ¿te acordarás?

—No estaba yo aún en México.

—Es cierto: pues escucha. Enrique era intachable en su vestido, en sus coches, en las alhajas que usaba, en sus queridas, etc. Se enamora un dia de la señorita H**, ya ves, una jóven de la mejor sociedad y de una reputacion intachable; pues bien, una noche tuve antojo de ir á la ópera: mandé tomar un palco primero á todo costo: me presenté á la mitad del primer acto deslumbradora de diamantes:

—Y de belleza.

—No me interrumpas, adulator. Y ¡oh casualidad! mi palco estaba junto al de la señorita H**. Todos los anteojos se fijaron en mí: en esto, vuelvo el rostro, y veo..... ¿á que no adivinas qué?

—A Enrique contempládot.

—Tonto, que el palco estaba vacío.....

—¡Caracoles!

—Disimulé mi despecho y procuré informarme si ella fué la que abandonó el palco de aquella manera tan violenta, y entonces supe que Enrique la sacó de allí para que no estuviese al lado de una muger perdida. A este rasgo de moral tan severa, quedé maravillada.

Cuatro noches despues, un amigo mio me llevó á Enrique á casa: serian las diez de la noche cuando entró; á las doce, rendido á mis plantas, me juraba amor eterno..... Yo fuf

para él una muger de fuego, lo quemaba sin acercar á sus labios la dorada copa del amor.....

Enrique, aquel Enrique espiritual, poético, que enviaba á su novia ramilletes de flores, que lloraba cuando ella le cantaba una *aria* ó una *cavatina*: que habia dejado á sus queridas, que de un libertino consumado era el amante mas fiel, no pudo soportar aquel suplicio de *Tántalo* que le impuse. Olvidó á la señorita H** y se entregó á mi sin reserva.....

Recuerdo que una tarde el carruaje de ella y el mio se encontraron en el paseo: ¡pobre niña! me parece que se desmayó al ver á Enrique á mi lado lleno de amor.....

—¡Eres terrible! dijo Gerardo admirado.

—No paró allí la cosa: tres meses despues abandoné á Enrique antes que le pasara la impresion, y acepté á un inglés muy rico, buen mozo y que todas las jovencitas se morian por llevarlo ante el cura.

Poco despues tuve otros amantes por ese órden, hasta que al fin te conocí á tí: estabas tambien de moda y..... francamente, eres el segundo á quien le tuve simpatía; pero chico, todo acaba en el mundo, tu crédito de *calavera*, de jugador terrible y de elegante, va decayendo, y..... me canso á mi pesar.

Gerardo veia con repugnancia á Rosario, y sin embargo, se sentia encadenado á aquella muger.

—Y bien, dijo al cabo de un instante, ¿qué pretendes, romper conmigo?

—Busca una manera de quitarme el cansancio.

—Pero..... ¿cómo? Yo te soy fiel, satisfago tus menores caprichos, ahora mismo te traia un aderezo de mucho gusto: mira.

Y Gerardo sacó de la bolsa de pecho de su levita el estuche de terciopelo, conteniendo el aderezo que ya conocemos.

Rosario se estremeció de sorpresa y de júbilo, pero Rosario era muger que lo entendía: volvió la cara á otro lado, y dijo con indiferencia:

—Está bonito.

—¿No es de tu agrado?

—Sí, pero podías darme otros mejores y tener tú mas lujo, si no fueras tonto.

—¿Qué dices?

—Claro: en lugar de pasar horas enteras á mi lado hablándome de amor y haciéndome cariños, cosa que, sea dicho de paso, degenera en ridícula, podíamos formar una sociedad mercantil que nos hiciera millonarios en poco tiempo.

—Habla, habla, dijo Gerardo, en cuyo corazon habia hecho vibrar Rosario la cuerda mas delicada.

—Conozco á un viejo, contestó Rosario, dejando caer cada palabra en el corazon de Gerardo de una manera sagaz, que es muy hábil en la baraja: en lugar de que te vayas á jugar á esos *tabucos* en que al salir de ellos estás expuesto á que te den una puñalada por robarte, establecemos la partida aquí..... Habrá música, es decir, mi piano; buenos vinos y licores; mugeres tambien, porque mis amigas.....

—Te comprendo, te comprendo, gritó Gerardo.

—Espera, loco. Convidas á tus amigos los más ricos, y aquí los..... explotamos.

—Eres una muger sin igual, estoy y voy á estar cada dia mas apasionado de tí.

—Eso es precisamente lo que debes evitar, repuso Rosario. ¿No ves que si álguien de los que vengan me enamora, es preciso..... que sea yo amable con él?

—¿Cómo! en mi casa, dijo Gerardo perdiendo el color.

Rosario soltó una carcajada estrepitosa.

—Tonto, mil veces tonto, dijo dominando su hilaridad.

—No te he dicho que vamos á formar una sociedad comercial? El amor pasa, inocente, y el dinero es lo positivo. Tú nunca perderás los derechos á la muger, ¿qué mas puedo decirte? En cuanto al corazon..... ¿crees que lo posees ahora?

Gerardo iba de sorpresa en sorpresa. El jóven no estaba del todo corrompido, y no podia conformarse con la idea de que su querida fuera de otro, pertenciéndole á él todavía.

—Vamos, le dijo Rosario para acabarlo de decidir, pues veia la lucha que Gerardo sostenia entre el amor y la ambicion. Yo te acercaré á tí lo que se te escapa.

—¿Qué dices?

—Sí, lo de la calle de la «Concepcion».

Gerardo perdió el color, pues supuso que Rosario sabia el desaire que habia sufrido, y las amenazas que se le habian hecho.

Rosario, en efecto, lo sabia todo, pero no era tan nécia de decirle á Gerardo la verdad. Ella sabia por experiencia que atacar el amor propio de ciertos hombres y en ciertas cosas, es matarlos y concitarse un enemigo.

—Una niña romántica, exclamó Rosario, que se metió al convento por tí: la hermana, que es de un carácter medio rudo, pero que te ama.

—¿Constanza me ama dijo Gerardo sin saber ya ni lo que decia.

—Sí, hombre.

—¿Y cómo lo sabes?

—Yo todo lo sé. Conque no seas tonto, yo te acercaré

esos dos corazones, es decir, esas dos mugeres; eso es igual para los hombres y aun les conviene mas.

—Pero tú..... dijo Gerardo con recelo.

—De veras que estás ó eres tonto. Yo tambien te pertenezco: es decir, tienes ó puedes tener ¡tres mugeres! Los corazones poco te importan.

—Hablemos del negocio, dijo Gerardo bruscamente.

Y se comenzó á pasear por la sala, metiéndose las manos por entre el cabello.

—Vaya, hasta que hablaste algo de provecho, dijo Rosario: escucha mi plan. La partida se establece en el comedor: aquí en la sala es la tertulia de las señoras; la noche nos la ameniza don Estéban á quien ya conoces, tocando el piano. Toda clase de vinos, licores, refrescos y etc., etc., se servirán *gratis*; y aunque digo *gratis*, no te asustes, espera, déjame concluir:

Los jugadores, antes de que comience la partida, depositarán en una caja cerrada que yo pondré al efecto, lo que gusten... Esta palabra de *lo que gusten*, es mas conveniente que pedirle á alguien la bolsa, puñal en mano: ¿no lo crees así?

—Continúa, dijo Gerardo. Estoy admirado de tu ingenio: verdaderamente no te conocia.

—La sala, como decia yo, será nuestra estancia, es decir, el *cuartel general*, el *centro de las operaciones*.

—¡Caramba! eres erudita en el tecnicismo militar.

—Fuí querida de un coronel; pero sigue escuchando. Los jugadores que pierdan, serán consolados por nosotras, los que ganen.....

—Que serán pocos.....

—No me interrumpas. Vendrán tambien á nuestro lado, á obsequiarnos; estos pagarán el gasto de los demas.

Gerardo se sonrió y dijo:

—Vamos ahora á lo mas difícil: ¿qué cantidad se presenta en la *carpeta*?

—Mil onzas al frente, y quinientas en caja.

—Yo no tengo esa suma.

—¿Cuanto podrás reunir?

—Cuando mas, quinientas onzas.

—Bueno: llévate ese aderezo y todas mis alhajas al *Monte de Piedad*, y principia á convidar: por mi parte, vendrán unas amiguitas..... que te van á trastornar los cascos.....

—Rosario..... exclamó el jóven con acento suplicante.

—Yo te *haré juego*, tonto, ya te dije que vamos á ser dos sócios; si tú quieres echar los fondos por un abismo, ya te iré á la mano. Con que, al avio.

Rosario se levantó de su asiento, fué á su recámara, y volvió con un cofrecito conteniendo sus joyas.

Gerardo se habia puesto el sombrero: tomó el cofre y el aderezo, y antes de partir pidió un beso á Rosario.

—Tómalo, dijo esta presentando su boca, y no olvides que delante de tus amigos, antes que tu querida, soy tu sócio..... adios.

una multitud de mujeres de rostro de cera azul y flores de oro: un grupo de ellas bastantes gruesas y pintadas que representaban los tres poderes barrocos en sus tallas acordes. La pieza estaba decorada por velas de espaldas, puestas en candelabros caprichosos, colocados sobre las rinconeras, la mesa redonda y las consolas de las esquinas multiplicaban las pintas.

UNA TERTULIA DE..... CONFIANZA.

En el salón estaba Rosario, con sus vestidos de terciopelo y la mejor peinada: tenía a los lados dos sillas, vestidas y peinadas como ella. Era una turba de ojos claros y provocativo mirar; la era morena, de grandes ojos, un par de ellos como los de Rosario, pero que no dejaban de tener su misterio. La turba se llamaba Adela; mas bien dicho, ella se había

Tres días después de la conversacion de Rosario y su amante, la casa de esta presentaba un aspecto tentador.

Cuando les dimos á conocer por la primera vez á nuestros lectores á la querida de Gerardo, fué en la recámara, pues la jóven no habia abandonado aún el lecho: pero ahora nos vemos obligados á describir la habitacion de Rosario.

Se tendrá presente que era una casa baja: pues bien, despues de salvar la puerta de entrada, seguia un oscuro pasillo, este conducia á un corredor: á la mitad de él habia una puerta vidriera, que era la entrada para la sala. Al terminar el mismo corredor, habia otra puerta, esta era la del comedor á donde, segun oímos decir á Rosario, debia situarse la mesa del juego: el comedor estaba comunicado con la recámara de la jóven y con la cocina: de esta última, se seguia una gran azotehuela, á donde habia dos cuartos para los criados.

Era el mes de mayo: las ventanas de la sala, que daban á la calle, estaban abiertas, dejando mirar á los transeuntes

—Vamos ahora á lo mas difícil: ¿qué cambio se presentará en la corte?

—Mi onza al frente y quinientas en caja.

—Yo no tengo esa suma.

—¿Cuanto podria tener?

—Cuando mas, quinientas onzas.

—Rosario: ¡basta con adarme y todas mis almas al alma!

—Yo te haré dueño, tanto ya te dije que vendría ser dos ademas; si tú quieres echar los techos por un camino, te iré á la mano. Con que, ¿sí?

Rosario se levantó de su asiento, fué á su escritorio, y volvió con un cofreito conteniendo sus cosas.

Gerardo se había puesto el abrigo; tomó el café y el chorro, y antes de partir pidió un beso á Rosario.

—Tómalo, dijo esta presentando su boca, y no olvides que delante de tus amigos, antes que tu puerta, soy tu ad...

unos muebles de madera de rosa, tapizados de gros azul y flores de oro: un piano de cola bastante bueno; cuadros de pinturas que representaban los mas jóvenes hermosas en distintas actitudes. La pieza estaba alumbrada por velas de esperma, puestas en candelabros caprichosos, colocados sobre las rinconeras, la mesa redonda y las consolas: dos espejos multiplicaban las bujías.

En el sofá estaba sentada Rosario, perfectamente vestida y mejor peinada: tenia á los lados dos amigas, vestidas y peinadas como ella. Una era rubia, de ojos claros y provocativo mirar: la otra morena, de grandes ojos, no tan bellos como los de Rosario, pero que no dejaban de tener su mérito.

La rubia se llamaba Adela: mas bien dicho, ella se habia puesto este bonito nombre, pues no estaba bien que una joven de diez y ocho años, de pelo de oro y de miradas asesinas, se hubiese dejado el prosaico nombre de Anastasia. En cuanto á la morena, la llamaban Luisa, y nuestros informes no llegaron hasta el punto de averiguar si este era su verdadero nombre; por lo que suponemos de muy buena fé que este seria el que le habian dado en la pila bautismal.

—¡Ay! Chayo, dijo Adela, qué feliz eres tú, siempre divertidal....

—Qué quieres, Adelita, es preciso hacerse la vida lo ménos pesada que se pueda.

—Haces bien, agregó Luisa, y yo por mi parte te doy las gracias porque te acordaste de mí.

—Tambien yo, exclamó la rubia mirando á Rosario con ternura.

—Cuidado con tonteras, dijo Rosario; es preciso, Adela, que yo te dirija: piensa en el porvenir, muchacha; nada de enamorarte del primer petaca, solo porque habla bonito y

viste bien: las apariencias engañan, y lo que es ahora, de casa has de sacar un amante que te quite de pobre.

—Aprende á mí, dijo Luisa, he vivido año y medio completamente soltera, gracias al viejo don Severo á quien arruiné.

—Y qué feo era tu viejo, repuso Adela. Yo por eso me pierdo, me guio por la simpatía. ¿Y tú, Chayo?

—Yo soy *liebre corrida*, hija mia: solo á dos hombres les he tenido cariño....

—Sí, le interrumpió Luisa, al coronel y á Gerardo.

—Y tu Gerardo me gusta, agregó Adela, y si no fuera....

—Ahí lo tienes.

—No, es broma.

—Te doy mi palabra que no me encelo de tí..... él y yo estamos ligados por otro motivo, pero te.....

—Rosario, Rosario, he perdido mi última onza, y esto al principiar la partida..... Estoy de malas, sí señor, de malas, entró diciendo un joven alto, de anteojos de oro, y que hablaba con mucha violencia, tanto que á veces no se le entendia, pues no completaba sus conceptos.

—Venga usted acá, loco; salude usted á mis amigas; no digan que es usted desatento y poco amable.

—Encantadoras señor.... beso á ustedes los piés, per.... voy á echarme caja porque... Y el joven se puso de un brinco en el dintel de la puerta.

—Arturo, venga usted acá, dijo Rosario, y dirigió una mirada á Adela, que queria decir: «Hé aquí á tu hombre.»

El joven volvió frente á Rosario, y ántes que esta tuviera tiempo para decirle algo, comenzó á hablar, pero con tanta violencia, que las tres *entretenidas* se echaron á reir y Rosario le dijo:

—O habla usted mas despacio, ó nos quedamos sin saber lo que usted quiera decirnos.

—Pues bien, Rosario, que voy á seguir jugando porque me han *picado*, y...

—*Enfriese* usted, no sea tonto, platicarémos un poco.

—Va usted á perderlo todo, señor, agregó Adela, con un timbre de voz tal, y una mirada candorosa, como no lo hubiera hecho una niña de diez años.

Arturo se fijó hasta entonces en Adela, y debió simpatizarle seguramente, pues se estremeció y se quedó mirando á la jóven.

Las tres mugeres notaron aquella mirada.

—Y bien, ¿qué hago aquí? dijo el jóven.

—Platicar.

—No, bailaremos mejor: voy por Manuel y por don Estéban: el muy bribon, está perdiendo.

El jóven salió, y las tres mugeres se miraron como diciéndose: «Ahora nos toca á nosotras hacerlos perder.»

Era la media noche: el comedor parecia un infierno. Rodeados de la mesa estaban aún como diez ó doce jóvenes bien vestidos. Los demas jugadores habían perdido y bailaban en la sala para disimular su cólera, esperando resarcirse en otra noche.

Gerardo, sentado junto al tallador, pagaba y recogía el dinero sin poder disimular su alegría.

—Señores, dijo el tallador, por ser la primera noche de juego, la partida se levanta á las doce y media: van á echarse tres albures de despedida.

—Sí, sí, dijo un jugador, hombre como de unos treinta años,

lo que yo quiero es bailar: he visto que han entrado mas muchachas á la sala y estoy alborotado.

El tallador echó los dos primeros albures en que perdieron los mas, y luego dijo echando el último:

—Rey, dos; oro, espada.

—Al dos, dijo un jóven, todo mi capital.

—Cómo juegas los doses! le dijo otro.

—Y cómo he perdido toda la noche! contestó el jugador.

Por última, ya ves, treinta onzas al dos.

—Yo, de *punto*, lo jugaba tambien, agregó Gerardo.

Los jugadores se habían *cargado* al dos.

—Corre, dijo el tallador, que era un viejo de mala catadura, de ojos bizcos y muy tembloroso de manos.

Todos callaron.

—El rey viejo, dijo al fin.

—¡Maldita sea mi suertel dijo uno.

—¡Rayol agregó otro.

—A bailar, á bailar, dijo un tercero.

Los jugadores abandonaron el comedor y se dirigieron á la sala. Gerardo recogió el oro, lo guardó en la recámara, hizo su corte de caja, y despues de pagar al viejo, se presentó en la sala.

En la sala habia como mas de veinte hombres: aunque todos estaban vestidos con elegancia, no todos eran gente de buenos principios y de educacion. Las mugeres serian doce ó

catorce: describirlas seria prolijo é innecesario: con decir que eran por el estilo de Rosario, de Adela y de Luisa, está dicho todo. En sus frentes se leia la impureza y el cinismo,

en sus ojos la lubricidad, en sus sonrisas provocativas el descaro.

Quando Gerardo entró á la sala, Arturo, aquel jóven de

los anteojos de oro, bailaba entusiasmado con Rosario: ella lo envolvía con sus ardientes miradas. Gerardo frunció el seño: Rosario lo vió y le hizo una seña de inteligencia, mandándole al mismo tiempo á Adela para que bailase con él.

—Vamos, dijo la jóven acercándose á Gerardo, yo creí que no era usted celoso: baile usted conmigo, Urrutia.

Y Adela se lanzó bailando con Gerardo, enamorándolo casi.

A las cuatro de la mañana, aquello era literalmente el infierno: respetamos bastante á nuestros lectores para atrevernos á describir aquella casa. Solo diremos que Rosario y Gerardo eran ya únicamente socios.

parte de la noche sola. Constanza estaba como el pez en su elemento el carácter melancólico y sombío de la jóven encontraba pocas y distantes en la sociedad.

CONSTANZA.

Habian pasado cinco meses desde el dia aquel en que Julia habia manifestado á su padre su determinacion de entrar al convento.

Don Nemesio, como recordarán nuestros lectores, habia opuesto una prudente resistencia al deseo de Julia, pero habiéndole asegurado esta que volveria á la casa paterna, la dejó que buscase en el aislamiento del claustro el consuelo de su primera decepcion.

Julia no habia vuelto á su casa: por el contrario, habia tres meses que habia tomado el velo de novicia. Este acontecimiento llenó de amargura al bueno de don Nemesio, y lo hizo, despues de muchos años que no habia llorado, verter abundantes lágrimas..... Su método de vida sufrió un trastorno: antes, del ministerio se dirigia á su casa inmediatamente para estar á la disposicion de sus hijas por si querian salir á alguna parte; despues nó, salia de su oficina y entraba en algun billar, pasando allí largas horas en mirar jugar carambola ó guerra. Algunas veces se encontraba con